

¿Puede usted oír sus voces?

Es fácil caminar a través del frenético y ruidoso centro de Tegucigalpa y el mercado al aire libre sin poder verles o escucharlos. Distruido por las coloridas fachadas que ahí están, las calles saturadas de tráfico, e incluso con el temor de que alguien me asalte en medio de todo el caos, es fácil de caminar y encontrarse con ellos. Pero si usted se esfuerza un poco más, podría escuchar que los mudos empiezan a hablar. Detrás del caos, detrás de este ajetreado mundo del comercio y de actividad, hay una preocupante realidad – de un mundo marcado por historias de abandono y quebrantamientos, corazones destrozados y rechazados, abuso y dolor indescriptible. Un mundo en el que muchos niños y jóvenes han tenido que adoptar la dura vida en las calles como propias.

Edgar y Freddy saben muy bien esta fea realidad.

Mientras otros niños estaban siendo amados y atendidos por sus padres, yendo a la escuela, y jugando fútbol con sus amigos de barrio, Edgar y Freddy estaban trabajando en las calles para ganar unos cuantos lempiras por aquí y por allá, inhalando resistol amarillo para enmascarar el hambre y el dolor que sentían, abandonados y rechazados. Ahora tienen 14 y 17 años, respectivamente. No hay una máquina del tiempo que pueda llevarlos y cambiar esa realidad; han sido despojados de su infancia. Es en este punto desgarrador que nuestros caminos se han cruzado, y que Dios ha traído a estos dos chicos a mi vida.

Desde que me uní al Proyecto Miqueas el pasado septiembre e involucrarme cada vez más en la extensión del ministerio de la calle, he conocido a muchos otros chicos cuyas historias son similares. Así como Edgar y Freddy le invitamos a echar un vistazo en sus historias, que sus voces hablen por todos aquellos cuyas voces ahogadas por el duro e implacable mundo de las calles.



Quiero ver a Edgar fuera de las calles. Este es el pensamiento más destacado en mi mente cada vez que tengo el privilegio de pasar tiempo con este chico. Desde una edad temprana, Edgar experimentó el abandono y el rechazo por parte de sus padres. En lugar de ser criado en un hogar con un ambiente cariñoso, los años de su infancia los pasó moviéndose de un centro de niños de la calle a otro. A los 12 años de edad, huyó a las calles. Podrías llamar a Edgar un fugitivo, pero cuando empieza a hablar contigo acerca de su vida doméstica, te darás cuenta de que él no es un fugitivo – él es un niño *desamparado*.

Y sin embargo la sociedad culpa a Edgar por su difícil situación. Nunca olvidaré el día que me fui a una de las esquinas de las calles del centro, donde él y sus amigos suelen pasar las tardes pidiendo dinero; tenía muchas ganas de visitarles, y estaba tan alegre después de haber orado por otro chico de la calle y que haya recibido a Cristo apenas unas horas antes. Pero mientras caminaba hasta la esquina de la calle, fui testigo de cómo los policías golpeaban e insultaban a los jóvenes de la calle, llamándolos perros y basura. Uno de los policías golpeó a Edgar fuertemente en el brazo con el arma que llevaba, hasta que se escapó corriendo con lágrimas de dolor, enojo y tristeza. Cuando finalmente regresó a la esquina de la calle donde yo estaba después de que los agentes policiales se habían ido, me senté a su lado y puse mi brazo en sus hombros, diciéndole que no debería permitir que las acciones y las palabras que los policías le dijeron entren en su corazón. Le recordé que era amado y valorado ante los ojos de su Padre celestial, y que ningún hombre podría borrar eso o separarlo del amor de Dios. Mientras las lágrimas rodaban en la cara de Edgar y su cuerpo siguió temblando, no le pude ayudarle y por eso sentía un gran enojo que crecía en mi corazón sobre la injusticia que se lleva a cabo. Los policías culpan, humillan, y golpean a Edgar por pedir e inhalar resistol amarillo, mientras hacen caso omiso a los quebrantos familiares, abandono, abuso infantil, pobreza, y heridas emocionales y espirituales que marcan su historia.

Una y otra vez, mi corazón se quebranta por el pequeño Edgar. Esto no es lo que Dios quiere para su vida.



Primero conocí a Freddy un día mientras caminaba a través del mercado de Comayagüela. Él estaba sentado al lado de la carretera, completamente perdido por inhalar el resistol amarillo. Me detuve un momento para invitarlo a venir a nuestro ministerio de fútbol de calle al día siguiente, sin embargo, ya que él estaba tan inhalado como para estar incoherente, yo sinceramente no esperaba que él llegara. Me sorprendió gratamente ver a Freddy llegar a la cancha de fútbol el siguiente día – con el bote de pegamento en una mano y un saco de botes vacíos de plástico que había recolectado. Mientras empecé a hablar con él un poco más, no pude dejar de notar que su cuerpo estaba cubierto de cicatrices. Pero no del tipo que los niños reciben al tropezarse y rasparse las rodillas en un partido de fútbol; estas



Stephen sonríe con Edgar

fueron las heridas de los años de abuso y violencia en las calles. Mi corazón se rompió cuando Freddy empezó a compartir conmigo la forma en que sus padres fallecieron, cómo ha sufrido la dura vida en las calles y la lucha contra las múltiples adicciones a las drogas, de cómo él piensa que su vida no tiene valor y no tiene futuro, y cómo ha intentado suicidarse en el pasado. Las asombrosas cicatrices físicas que cubren su cuerpo narran la historia de las emociones más profundas y de las cicatrices espirituales que marcan la lucha en su corazón.

Si miras más allá de la niebla inducida por el pegamento que cubre los ojos de Freddy, si se agacha para escuchar su voz más allá del significado del pegamento amarillo, usted verá y escuchará una tristeza profunda. Esta profunda tristeza le suplica a usted para que vea quien realmente es, para que escuche su historia. Nos impulsa a ponernos en sus zapatos y preguntarnos, “¿existe alguna esperanza para mí?”



Stephen y Freddy en el Mercado

◆ ◆ ◆ ESPERANZA

Esa palabra sencilla, creo, es por la cual existe el Proyecto Miqueas. Las historias de Edgar y Freddy me recuerdan diariamente de por qué estamos aquí, haciendo lo que estamos haciendo en Tegucigalpa: ***Hemos sido llamados para ser agentes de esperanza en medio de un mundo de quebrantamiento, oscuridad, e injusticia.***

La esperanza es compartir el amor del Padre con los huérfanos de esta ciudad. La esperanza es la increíble transformación que hemos presenciado en las vidas de los jóvenes que actualmente viven en la Casa Miqueas y la Casa Timoteo. Y aún se puede ver en la iluminación de los rostros de los niños de la calle cada vez que nos ven acercarnos. Esperanza es el comienzo del año escolar en Miqueas, el corazón lleno de adoración de los muchachos en nuestras reuniones de adoración de los domingos por la noche, es decisión de Freddy de darme su bote de pegamento la semana pasada y las lágrimas de Edgar rodando en su rostro mientras está un paso más cerca de encontrar la sanación interior que solo Dios lo puede hacer. Es cada paso de crecimiento, cada decisión de confiar, cada momento de sanación.

Hemos sido llamados a ser una plataforma del amor de Dios, la sanación, la transformación... y esperanza. Me he preguntado muchas veces qué es lo que hace a Miqueas tan diferente de muchos otros centros para niños de la calle en Tegucigalpa. ¡Como he llegado a conocer más y más niños y jóvenes de la calle, no podría decir cuán común es escucharlos decir que han estado en dos, tres, cuatro o incluso en cinco diferentes centros para niños de la calle — y aún así ellos siguen viviendo hoy en las calles! ¿Por qué es entonces, que Miqueas tiene una tasa tan de éxito con los chicos que tomamos?

Todo vuelve a la esperanza. Una esperanza que Dios ha puesto en nuestros corazones para seguir adelante aún cuando todavía no podemos ver la luz al final del túnel, y cuando parece que un niño sólo está tomando un paso adelante por cada dos o tres pasos que toma hacia atrás. Una esperanza que nos llama a amar radicalmente y sin condiciones, siguiendo los pasos de Aquel quien dejó las 99 ovejas para ir detrás de la que estaba perdida. En Miqueas tomamos en serio las palabras del Señor en Isaías 58:6: “¿No es éste el ayuno que yo escogí: romper las cadenas de injusticia, y desatar las correas del yugo, poner en libertad a los oprimidos y romper toda atadura?” No estamos aquí simplemente para proveer alimento a los estómagos de un grupo de muchachos y un techo sobre sus cabezas, y aunque éstos son necesidades importantes; estamos aquí para *practicar la justicia, amar la misericordia y humillarnos ante nuestro Dios.*

No, no es fácil. Hay muchas batallas cuesta arriba, muchas noches y madrugadas, muchas preguntas dejadas sin resolver, y muchas lágrimas. Pero tenemos la esperanza que hay algo muy hermoso que nos espera al otro lado de todo esto. Hemos sido testigos una y otra vez y sabemos que el Señor seguirá transformando vidas para Su gloria. De hecho, hay algo acerca de eso “ya está listo pero todavía no” eso hace que nuestros corazones anhelan la venida de la Ciudad Celestial. Nos motiva a seguir luchando incluso en medio de situaciones que parecen no tener esperanza. A diario anhelamos a Shalom aquí en Miqueas. Las voces de Edgar y Freddy claman también por lo mismo. ¿Puede usted oír sus voces?

◆ ◆ ◆
Mientras termino esta carta, quiero tomar un breve momento para darle las gracias por toda su dedicación a la familia Miqueas. Sin su fidelidad en oración día a día por nosotros, animándonos, y apoyando financieramente lo que hacemos, nada de esto sería posible. El Señor nos ha bendecido verdaderamente al hacer de usted una parte integral de la familia Miqueas. Esperamos poder caminar junto a ustedes en estos próximos meses mientras los planes para la construcción de Miqueas 2.0 siguen hacia adelante, creando otro horizonte de esperanza para estos chicos que Dios ha puesto en nuestras vidas.

Ahora que la paz de Dios que supera toda inquietud, les guía y mantenga sus corazones en Cristo Jesús.

En el amor del Cristo,
Stephen Kusmer, para el Proyecto Miqueas

